

Ella tenía veinte años y nunca había conocido nada más que aquellas calles.

Todos los días eran exactamente iguales y pese a su juventud, se había rendido ante la posibilidad de encontrar una nueva vida esperando tras alguna esquina.

No podía evitar sentirse como la extraña habitante de un mundo que no conocía y que tampoco la conocía a ella.

Fantaseaba a menudo con cómo hubiera sido su vida si hubiera nacido en otro momento, en otro lugar, pero sus fantasías siempre acababan dormidas bajo un manto de desesperanza.

No podía evitar sentir que pese a su corta edad la vida había dejado de tener sentido hacía mucho tiempo, quizá el mismo desde que ella, a la que tanto había querido, se había marchado para no volver. Cuando se miraba en el espejo veía los mismos ojos que un día había visto en ella, pero había algo que los diferenciaba. Los suyos aparecían empañados por una tristeza que le acompañaba como un estigma del que no podía desprenderse.

Y en ocasiones aún seguía sorprendiéndose de tener tan sólo veinte años. Veinte años.

Él tenía veintinueve años y sabía demasiado del mundo que le envolvía. Había aprendido a correr antes de saber siquiera andar, nadie le había enseñado a hacerlo.

Había vivido demasiado deprisa y aquello era algo que sus ojos no podían ocultar. Cuando se miraba en el espejo se sorprendía ante la dureza que transmitían esos ojos negros que algún día habían sido inocentes.

A menudo pensaba en como hubiera sido su vida si las cosas hubieran sido distintas, si hubiera escogido otros caminos, pero sabía que aun que volviera a empezar una y otra vez siempre acabaría cayendo en los mismos errores, al fin y al cabo nadie le había enseñado a vivir de otra manera.

Al volver a ver de nuevo las calles que le habían visto nacer, que le habían acompañado en sus primeros pasos y que le habían enseñado a volar, un sentimiento agri dulce se había despertado en él.

Se alegraba de estar de vuelta y poder volver a ver a todos con los que había aprendido a despegar los pies del suelo, pero también le asustaba volver a las estrechas calles sombrías que le habían convertido en la persona que era, pues sabía que allí, aquellos sueños en los que había conseguido creer en algún momento, volverían a quedar dormidos bajo su colchón.